





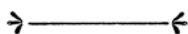


La leyenda de
SLEEPY
HOLLOW

WASHINGTON IRVING

La leyenda de
SLEEPY
HOLLOW

WASHINGTON IRVING



Ilustraciones de
Idoia Tribertegui



Traducción de
Colectivo Irving BDL

Nórdicalibros
2023



© De las ilustraciones: **Idoia Iribertegui**

© De la traducción: **Colectivo Irving BdL**

Denisse Almeyda Gómez, Ana Américo López, Alberto Canto García, Ángel Ferrer Samatán, Ana Grandal Martín, Corina Hurtado Reyes, María Rosina Iglesias Puertas, Joaquín López-Toscano, Ana Mongelos García, Laura Moreda Caballero
Coordinado por Maite Fernández

© De esta edición: **Nórdica Libros, S.L.**

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57

info@nordicalibros.com

Primera edición: octubre de 2023

ISBN: 978-84-19735-50-8

Depósito Legal: M-27811-2023

IBIC: FK

Thema: FK

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño de la colección: **Diego Moreno.**

Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra y Ana Patrón.**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Hallado entre los papeles del difunto
Dietrich Knickerbocker

De una encantadora tierra adormecida se trataba,
de sueños que se dan ante los ojos entrecerrados;
y de alegres castillos en las nubes que pasaban,
para siempre arrebolándose en un cielo de verano.

EL CASTILLO DE LA INDOLENCIA.¹

Al abrigo de una de esas espaciosas ensenadas que mellan la costa este del Hudson, en esa amplia expansión del río denominada Tappan Zee por los antiguos navegantes holandeses, quienes siempre, con prudencia, amainaban vela e imploraban la protección de san Nicolás mientras lo cruzaban, se encuentra una pequeña ciudad comercial, o puerto rural, que algunos llaman Greensburgh, aunque es comúnmente conocida por el más apropiado nombre de Tarry Town, o Villa de la Demora. Se cuenta que dicho nombre le fue dado, en tiempos antiguos, por parte de las buenas amas de casa de la región vecina, debido

¹ *The Castle of Indolence* (El castillo de la indolencia) es un poema de James Thomson, poeta escocés del siglo XVIII. El fragmento citado corresponde al canto I, VI. La traducción al español es de los propios traductores del relato. (*Todas las notas de la presente edición son de los traductores*).

a la tendencia arraigada de sus maridos a demorarse en la taberna del pueblo los días de mercado. Sea como fuere, no puedo dar fe de este hecho, simplemente lo menciono, en aras de la precisión y la autenticidad. No muy lejos de esta ciudad, tal vez a unas dos millas, hay un pequeño valle o, más bien, una hondonada entre altas colinas, que es uno de los lugares más tranquilos del mundo entero. Lo atraviesa un riachuelo que produce el murmullo arrullador suficiente para invitar al descanso; y el ocasional silbido de una codorniz o el tamborileo de un pájaro carpintero son casi los únicos sonidos que irrumpen en esa uniforme tranquilidad.

Recuerdo que, de jovenzuelo, mi primera hazaña en la caza de ardillas se produjo en una arboleda de altos nogales que da sombra a una parte del valle. Había deambulado adentrándome en él al mediodía, cuando la naturaleza está particularmente silenciosa, y me sobresaltó el estruendo de mi propia arma, que rompió la quietud del domingo y se prolongó y retumbó en airados ecos. Si alguna vez deseara retirarme a algún lugar donde escapar del mundo y sus distracciones, y soñar tranquilamente, alejado de los recuerdos de una vida turbulenta, no conozco ninguno más prometedor que este pequeño valle.

Debido a la lánguida calma del sitio, y al peculiar carácter de sus habitantes, descendientes de los primeros colonos holandeses, este aislado valle se conoce desde hace mucho tiempo con el nombre de Sleepy Hollow,² y sus rústicos muchachos son conocidos como los chicos de Sleepy Hollow a lo

² Sleepy Hollow se puede traducir al español como «Hondonada somnolienta».

largo y ancho de las tierras vecinas. Sobre la tierra parece flotar una esencia somnolienta y soñadora que impregna el propio ambiente. Hay quien dice que el lugar fue embrujado por un pomposo charlatán alemán, durante los primeros días del asentamiento; otros creen que un anciano jefe indio, profeta o mago de su tribu, convocaba allí sus *powwows* antes de que el capitán Hendrick Hudson descubriera la región. Lo cierto es que el lugar aún continúa bajo el influjo de algún tipo de brujería, que les sorbe el seso a las buenas gentes, haciéndolas caminar en un ensimismamiento continuo. Se entregan a todo tipo de creencias maravillosas, entran en trance y tienen visiones, y con frecuencia sufren extrañas alucinaciones, y oyen música y voces en el aire. En toda la vecindad abundan leyendas locales, lugares embrujados y supersticiones crepusculares; las estrellas brillan y los meteoritos destellan con más frecuencia a lo largo del valle que en cualquier otra parte, y la bestia de los sueños, acompañada de sus nueve diablos, parece convertir el lugar en el escenario favorito para sus danzas.

Sin embargo, el espíritu que domina y atormenta a esta región hechizada, y que parece comandar todos los poderes del aire, es una figura sin cabeza a lomos de un caballo. Algunos dicen que es el fantasma de un soldado hessiano cuya cabeza había sido arrancada por una bala de cañón en una batalla sin nombre durante la guerra de Independencia, y que es visto de vez en cuando por la gente del pueblo apresurándose en la penumbra de la noche, como llevado por el viento. Sus apariciones no se limitan al valle, sino que se extienden en ocasiones por los caminos adyacentes, especialmente por las inmediaciones de una

iglesia, no muy lejos de ahí. De hecho, algunos de los historiadores más fieles de la región, cuidadosos al recopilar y cotejar la vaguedad de los hechos relacionados con este espectro, afirman que el cuerpo del soldado fue enterrado en el cementerio de la iglesia, y que el fantasma acude de noche al escenario de la batalla buscando su cabeza, y que la velocidad con la que atraviesa el valle, como una explosión a medianoche, se debe a su retraso, y a su prisa por regresar al cementerio antes del amanecer.

Esa es la idea general de esta superstición legendaria, que ha proporcionado material para muchas historias fascinantes en ese lugar de sombras. El espectro es conocido en todos los hogares de la zona por el nombre de «el Jinete sin Cabeza de Sleepy Hollow».

Es notable que la predisposición a esas visiones que he mencionado no se limita a los habitantes nativos del valle, sino que es inconscientemente absorbida por todos los que residen ahí por un tiempo. Sin importar lo despiertos que estuvieran antes de entrar en esa región adormecida, no hay duda de que en poco tiempo inhalan la influencia mágica del aire, y su imaginación se aviva, sufren pesadillas y tienen apariciones.

Menciono este apacible lugar con todos los elogios posibles porque es en estos valles holandeses tan pequeños y remotos, dispersos aquí y allá por el gran estado de Nueva York, donde la población, los usos y costumbres permanecieron invariables, mientras el gran torrente de migración y progreso, que está provocando incesantes cambios en otras partes de este inquieto país, pasa inadvertido para ellos. Son como

esos remansos de agua tranquila que bordean una corriente rápida en el río, donde se pueden ver paja y burbujas flotando en calma a su alrededor, o revolviéndose lentamente en ondas que imitan el vaivén del agua, imperturbables por la prisa de la corriente que pasa de largo. Aunque han transcurrido muchos años desde que recorrí las umbrías somnolienta de Sleepy Hollow, todavía me pregunto si no me encontraría con los mismos árboles y las mismas familias vegetando, protegidas, en su refugio.

En ese curioso paraje habitaba, en un periodo remoto de la historia de los Estados Unidos de América, es decir, hace unos treinta años, un respetable individuo de nombre Ichabod Crane, quien residía, o, como él decía, «se alojaba temporalmente» en Sleepy Hollow, con el propósito de instruir a los niños de la vecindad. Era nativo de Connecticut, un estado que suministra a la Unión pioneros para el desarrollo cultural y forestal, y envía anualmente sus legiones de leñadores y maestros rurales. El apellido de Crane³ le hacía justicia a su persona. Efectivamente, era como una grulla: alto pero extremadamente flaco, con hombros estrechos, piernas y brazos largos, y unas manos que pendían sobresaliendo exageradamente de las mangas. Los pies bien podrían servirle de palas y todo el cuerpo le colgaba deslavazado. Su cabeza era pequeña y plana en la parte superior, las orejas enormes, los ojos verdes grandes y vidriosos, y su nariz larga y afilada como el pico de una agachadiza. Parecía el gallo de

³ El apellido *Crane* evoca las grullas.





una veleta posado sobre su cruz para indicar la dirección en que sopla el viento.

Su escuela era un edificio bajo, consistente en una amplia sala, construido toscamente con troncos de madera; las ventanas tenían algunos vanos sin cristal, parcheados con hojas de cuadernos viejos. Cuando se quedaba vacía, la puerta se aseguraba hábilmente con un tallo de mimbre enredado en el pomo, y las ventanas con estacas apoyadas en las contraventanas. De esta forma, aunque un ladrón pudiera entrar con absoluta facilidad, pasaría bastantes apuros a la hora de salir. Esta idea probablemente la había tomado prestada el arquitecto, Yost Van Houten, del ingenio de las trampas de pescar anguilas. La escuela se alzaba en una ubicación solitaria pero agradable, justo a los pies de una colina boscosa, cerca de un arroyo y con un abedul monumental en un extremo. Desde allí, en un somnoliento día de verano podía oírse el murmullo de sus alumnos repasando las lecciones, como si se tratara del zumbido de una colmena, interrumpido de vez en cuando por la voz autoritaria del maestro, ya en tono de amenaza, ya en tono de orden, o quizá por el aterrador sonido de la vara de abedul conforme espoleaba a algún holgazán remiso para hacerlo avanzar por el florido camino del conocimiento. La verdad sea dicha, era un hombre concienzudo y siempre tenía en mente la máxima «con la vara le has de dar, si no lo quieres malcriar». Desde luego, los alumnos de Ichabod Crane no estaban malcriados.

No se me habría ocurrido pensar, sin embargo, que fuera una de esas crueles autoridades académicas que encontraban

placer en injuriar a sus súbditos; antes bien, administraba justicia con discernimiento, no con severidad: aligeraba la carga de los débiles poniéndola en las espaldas de los fuertes. Los mozelos enclenques, que se estremecían al ver aparecer la vara, eran tratados con indulgencia; pero las demandas de justicia se satisfacían infligiendo una ración doble a alguno de aquellos mocosos holandeses, bravucones y testarudos con sus típicos abrigo de falda ancha, que se enfurruñaban, fanfarroneaban y se volvían obstinados y hoscos bajo la vara. A todo esto él lo llamaba «cumplir con su deber para con sus progenitores», y nunca infligía un castigo sin que lo siguiera la promesa, tan reconfortante para el escocido golfillo, de que «lo recordaría y lo agradecería mientras viviera».

Terminado el horario escolar, también era camarada y compañero de juegos de los chicos mayores. Las tardes de los días festivos acostumbraba a acompañar a casa a algunos de los pequeños, que solían tener hermanas atractivas o cuyas madres eran buenas amas de casa, famosas por la abundancia de sus despensas. En efecto, le interesaba mantener buenas relaciones con sus alumnos. Los ingresos de la escuela eran escasos y apenas si bastaban para proveerle a diario de pan, pues tenía un apetito voraz y, a pesar de ser enjuto, era capaz de dilatarse cual anaconda; así pues, a fin de contribuir a su sustento, y con arreglo a las costumbres locales del lugar, recibía comida y alojamiento en las casas de los granjeros a cuyos hijos instruía. Cada semana se hospedaba con una familia diferente, recorriendo la vecindad con todas sus posesiones mundanas liadas en un hatillo de algodón.

Con el objeto de que todo esto no fuera demasiado oneroso para los bolsillos de sus rústicos patronos, que eran propensos a considerar los costes de la escolarización una pesada carga y a los maestros de escuela meros zánganos, tenía varias maneras de hacerse a la vez útil y simpático. Ayudaba ocasionalmente a los granjeros en los trabajos más livianos, colaborando con ellos a empacar el heno, reparar las vallas, llevar a abrevar a los caballos y cortar madera para el fuego en invierno. También dejaba a un lado toda esa solemnidad dominante y poder absoluto con los que mandaba en su pequeño imperio, la escuela, volviéndose maravillosamente gentil y complaciente. Se ganó el afecto de las madres con sus carantoñas a los niños, a los más pequeños en particular; y como el león audaz que antaño tan magnánimamente sostuvo al cordero, se sentaba con un niño en una rodilla, y con el pie mecía una cuna durante horas y horas.

Además de sus otras vocaciones, era el maestro de canto en la vecindad, y recolectaba montañas de brillantes chelines instruyendo a los jóvenes en la salmodia. Era motivo de no poco orgullo para él quedarse los domingos al frente del coro de la iglesia, con un grupo de cantantes elegidos donde, en su imaginación, eclipsaba al párroco por completo. Ciertamente su voz resonaba muy por encima del resto de la congregación; y ahí están esas curiosas corcheas que se oyen todavía en aquella iglesia, incluso a media milla de allí, en una tranquila mañana de domingo, las que, según dicen, son descendientes legítimas de la nariz de Ichabod Crane. Por lo tanto, mediante esos diversos apaños, en esa forma ingeniosa, o, como suele

decirse «por las buenas o por las malas», el digno pedagogo se las iba arreglando, y aquellos que no entendían nada de la labor intelectual creían que llevaba una vida maravillosamente fácil.

El maestro es por lo general un hombre de cierta importancia en el círculo femenino de una vecindad rural; por lo que es considerado una especie de ocioso caballero, de un gusto y unos logros inmensamente superiores a los de los zagales de la región, y, de hecho, solo inferior en formación al párroco. Su aparición, por lo tanto, bien puede dar lugar a un pequeño revuelo a la hora del té en una granja, y a un plato adicional de pasteles o dulces, o, por ventura, al desfile de una tetera de plata. Nuestro hombre de letras, por ello, era particularmente feliz con las sonrisas de todas las damiselas del pueblo. Había que verle con ellas en el cementerio, entre



los servicios dominicales de los domingos; recogiendo uvas para ellas de las vides silvestres que trepaban por los árboles circundantes; recitando, para su diversión, todos los epitafios de las lápidas; o paseando, con todo un grupo, a lo largo de las orillas de la represa adyacente, mientras los paletos del pueblo, más tímidos, se quedaban atrás acobardados, enviando su elegancia y sus modales superiores.

Debido a su vida seminómada, era, además, una especie de gaceta ambulante que llevaba la lista completa de todos los chismes locales de hogar en hogar, de manera que su presencia siempre era acogida con satisfacción. Asimismo, era apreciado por las mujeres como un hombre de gran erudición porque había leído varios libros bastante a fondo, y dominaba a la perfección la *Historia de la brujería de Nueva Inglaterra*, de Cotton Mather, en la que, por cierto, creía de manera firme y poderosa.

De hecho, era una extraña mezcla de sagacidad modesta y credulidad simple. Su apetito por lo fantástico, y su capacidad para asimilarlo, eran igualmente extraordinarios; y ambos habían aumentado desde que residía en esta región embrujada. Ninguna historia era demasiado grotesca o monstruosa para sus anchas tragaderas. Tras despedir a sus alumnos por la tarde, a menudo disfrutaba tendiéndose sobre el abundante lecho de tréboles a orillas del riachuelo que murmuraba junto a su escuela, y allí se sumergía en las espeluznantes historias del viejo Mather, hasta que la creciente oscuridad del anochecer transformaba la página en pura neblina ante sus ojos. Después, cuando se encaminaba a través de pantanos, arroyos y bosques

imponentes hacia la granja donde se alojaba, cada sonido de la naturaleza, en esa hora bruja, agitaba su excitada imaginación: el gemido del chotacabras desde la ladera, el ominoso lamento de la rana arbórea, heraldo de la tormenta, el lúgubre ulular de la lechuza, o el súbito alboroto en los arbustos de pájaros asustados que abandonan su posadero. Las luciérnagas, que brillan con mayor intensidad en los lugares más oscuros, también le sobresaltaban en ocasiones, cuando alguna de resplandor extraordinario se atravesaba en su camino; y si, por casualidad, un estúpido escarabajo chocaba contra él con su vuelo torpe, el pobre diablo casi pasaba a mejor vida, pensando que alguna bruja le había lanzado un maleficio. Su único recurso en estos casos, bien para acallar sus pensamientos, o bien para alejar a espíritus malignos, era cantar salmos, y las buenas gentes de Sleepy Hollow, sentadas junto a sus puertas a la caída de la tarde, a menudo se sobrecogían de miedo al oír su melodía nasal, «de dulce ligadura prolongada»,⁴ flotando desde la lejana colina o por la carretera sombría.

Alimentaba también su gusto por lo pavoroso acompañando a las viejas comadres holandesas en los largos atardeceres invernales, mientras hilaban sentadas junto al fuego, con una hilera de manzanas asándose y chisporroteando sobre la lumbre, y escuchando sus historias fantásticas de fantasmas y duendes, y de campos encantados, y de riachuelos encantados,

⁴ «[O]f linked sweetness long drawn out», verso de *L'Allegro*, de John Milton (1645). En 1740, Charles Jennens adaptó este poema para el oratorio *L'Allegro, il Penseroso ed il Moderato*, de Georg Friedrich Händel.





y de puentes encantados, y de casas encantadas, y, en particular, del Jinete sin Cabeza, o el Hessiano Galopante de Sleepy Hollow, como le llamaban a veces. Él, por su parte, las deleitaba con sus anécdotas de brujería, y de los espeluznantes presagios y las portentosas visiones y sonidos en el aire que imperaban en los primeros tiempos de Connecticut; y las llenaba de temor y angustia con especulaciones acerca de cometas y estrellas fugaces; y con el hecho alarmante de que el mundo giraba por completo, y que la mitad del tiempo estaban al revés.

Aunque disfrutaba de todo esto, mientras permanecía acurrucado y bien abrigado en el rincón de la chimenea de una estancia bañada por el resplandor rojizo de la leña crepitante, y donde, por supuesto, ningún espectro osaba dejarse ver, luego lo pagaba caro cuando era presa del terror al regresar caminando a casa. ¡Cuántas figuras y sombras pavorosas lo acosaban por el camino, en medio del resplandor tenue y fantasmal de una noche nevada! ¡Con cuánta melancolía miraba cada haz tembloroso de luz que atravesaba los campos sin cultivar procedente de alguna ventana lejana! ¡Cuántas veces le aterrizó un arbusto cubierto de nieve que, como un espectro bajo su sábana, asediaba su mismísimo trayecto! ¡Cuántas veces se encogió congelado de miedo por el sonido de sus propios pasos sobre la capa helada; y temió mirar por encima del hombro, no fuera que descubriese algún engendro caminando pesadamente detrás de él! ¡Y cuántas veces se sumió en el horror más absoluto por una ráfaga de aire que aullaba entre los árboles, pensando que era el Hessiano Galopante en una de sus incursiones nocturnas!

Sin embargo, se trataba de meros terrores nocturnos, fantasmas que nacen de la imaginación cuando reina la oscuridad; y aunque él había visto muchos espectros en su vida y durante sus caminatas solitarias había sido asediado por Satán en diversas formas, la luz de la mañana ponía fin a todas esas presencias malignas; y su vida habría sido placentera, a pesar del diablo y sus afanes, si su camino no se hubiera cruzado con el de un ser que causa a los hombres mortales más perplejidad que los fantasmas, los duendes y toda la estirpe de brujas juntas: una mujer.

Entre los estudiantes de música que se reunían una noche por semana para recibir sus enseñanzas en el arte de cantar los salmos, figuraba Katrina Van Tassel, hija única de un acaudalado granjero holandés. Era una lozana jovencita de apenas dieciocho años; carnosa como una perdiz; madura, jugosa y de mejillas rosadas, como los melocotones de su padre; universalmente famosa no solo por su belleza, sino



por sus vastas expectativas. Además, era un poco coqueta, tal como se reflejaba en su vestimenta, que era una mezcla de estilos antiguos y modernos perfecta para realzar sus encantos. Katrina portaba joyas de oro puro que su tatarabuela había traído desde la ciudad holandesa de Saardam, un sugerente petillo antiquísimo y, por si fuera poco, una sobrefalda provocativamente corta que dejaba ver el pie y el tobillo más hermosos de toda la región.

Ichabod Crane tenía una debilidad ingenua hacia el sexo opuesto, y por eso no debe sorprender que mirase con buenos ojos un bocado tan tentador, especialmente después de haberla visitado en la mansión paterna. El viejo Baltus Van Tassel era la imagen perfecta de un granjero próspero, satisfecho y de espíritu liberal. Rara vez, es cierto, posaba los ojos o los pensamientos más allá de los límites de su granja, pero dentro de estos todo era acogedor, alegre y estaba bien dispuesto. Le complacía su riqueza, pero no se ufanaba de ella, y la profusa abundancia le enorgullecía más que su forma de vida. Su bastión se encontraba a orillas del Hudson, en uno de esos verdes rincones resguardados y fértiles donde los granjeros holandeses gustan de instalarse. Sobre el lugar extendía sus anchas ramas un gran olmo, al pie del cual borboteaba un manantial con las aguas más placenteras y dulces, en un pequeño pozo formado por un barril; y luego desaparecía, destellando a través de la hierba, hacia un arroyo vecino que burbujeaba entre alisos y sauces enanos. Junto a la casa de la granja había un granero enorme que podría haber servido de iglesia; cada ventana y rendija parecía estar a punto de reventar con los tesoros de la

granja; dentro, el mayal retumbaba afanoso noche y día. Las golondrinas y los vencejos trinaban y volaban bajo, acercándose a los aleros. Hileras de pichones, algunos con un ojo puesto en los cambios de tiempo, otros con la cabeza bajo las alas o clavada en el pecho, y algunos más ahuecando el plumaje, gorjeando e inclinados ante sus damas, disfrutaban del sol sobre el tejado. Lustrosos y orondos puercos gruñían desde la calma y abundancia de sus corrales por donde se asomaban, de vez en cuando, tropas de lechones como si les faltara el aire. Un imponente escuadrón de gansos níveos navegaba en un estanque adyacente, escoltando flotas enteras de patos; regimientos de pavos engullían lo que podían, de un lado a otro de la granja, ante las gallinas de Guinea que revoloteaban como si fueran amas de casa malhumoradas, con sus chillidos quejumbrosos y descontentos. Ante la puerta del granero se pavoneaba un gallo espléndido, modelo de esposo, guerrero y fino caballero; batía sus alas relucientes y cacareaba con todo el orgullo y la alegría de su corazón; a veces escarbaba la tierra con sus patas y llamaba generosamente a su siempre hambrienta familia, formada de esposas e hijos, para disfrutar de un rico bocado por él descubierto.

Al pedagogo se le hacía la boca agua mientras contemplaba el exquisito banquete invernal de lujo que iba barruntando. En la imagen de su mente glotona, ilustraba cada cerdo asado correteando con un pudín en la panza y una manzana en el hocico; los pichones dormían resguardados en un pastel acogedor y arrebujados entre la corteza crujiente; las ocas nadaban en su propia salsa, y los patos se acurrucaban por parejas en los platos,

como matrimonios dichosos, con una cantidad considerable de salsa de cebolla. En los cochinitos veía esculpido el lado gracioso del futuro tocino y el jugoso jamón, que estaba para relamerse; ni un pavo se libraba de ser visualizado con un cordel atado con delicadeza, con la molleja bajo el ala, y, por ventura, con un collar de sabrosas salchichas; e incluso el mismísimo gallo cantor deslumbrante yacía despatarrado sobre la espalda, en un platillo, con las garras levantadas, como si implorase la clemencia que su espíritu altanero había desdeñado en vida.

Mientras el extasiado Ichabod se recreaba con todo esto y desplazaba los grandes ojos verdes por las frondosas praderas, por los fértiles campos de trigo, de centeno, de alforfón y de maíz, y por los huertos recargados de frutos maduros que rodeaban la acogedora residencia de los Van Tassel, el corazón suspiraba por la doncella que heredaría aquellos dominios, y la imaginación se expandía con la idea de cómo podrían convertirse con rapidez en billetes, y el dinero invertirse en extensiones inmensas de terreno y el tejamanil en palacios en plena naturaleza. Y, por eso, su fantasía desatada ya había convertido en realidad sus esperanzas y le había obsequiado con la lozana Katrina y un buen montón de hijos, subidos a la parte alta de un carromato repleto de artículos de uso doméstico, con ollas y teteras repiqueteando en la parte inferior; y se veía a sí mismo montando a lomos de una yegua con un potro siguiéndole los pasos de camino a Kentucky, Tennessee o adonde quiera que Dios los guiase.

Cuando entró en la casa, la conquista de su corazón fue absoluta. Era una de esas casas espaciaosas, de tejado a dos